

1-480  
Del regionalismo. S. Director de "La Última Hora".  
("La Última Hora", Palma de Mallorca, 29 agosto  
1899)



## Del regionalismo

Sr. Director de LA ÚLTIMA HORA.

Muy señor mío: Acabo de leer en el diario que usted dirige el discurso por escrito en que, tomándome de míngo, se ejerce el Sr. Isern en sus oposiciones á una plaza de diputado á Cortes. Que la logre es mi deseo, porque bien merecida se la tiene.

Dabo hacer caso omiso de los ataques personales, que en el calor de la improvisación y sin medir bien sus palabras ni saber acaso lo que se dice, me dirige el opositor á diputado, porque mi norma de conducta se encierra en aquello de:

*Deja decir y sigue tu camino.*

No he de deshacer las falsas imputaciones que me dirige, suponiendo que haya yo llamado á estas ó aquellas puertas, porque esos chismes los ha recogido él por ahí, y viendo que otras veces los he dejado pasar sin molestarme en deshacerlos, se habrá dicho, con lógica de marxista: ergo son ciertos.

Acepto lo de desequilibrado que sé bien lo que en labios del Sr. Isern significa, así como sé que el supremo equilibrio interno es el de un pedrusco. Y felicito al Sr. Isern por hallarse en posesión de la verdad absoluta.

Este señor equilibrado, en quién no es ya la fantasía lo que ocupa el lugar de la razón — á juzgar, por lo menos, por el elocuentes y erudito discurso en que me embiste — se mete á defender al difunto Cánovas de un cargo que ni he sido el primero, ni mucho menos, ni seré el último en hacerle.



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

A.5.2/221



Sobre este punto está hoy bastante arraigada la opinión en España y fuera de ella, y ni yo la corroboraré, ni la debilitaré el Sr. Isern. Si Cánovas no quería la guerra con los Estados Unidos—y lo creo así—fué torpísimo. Ni no ver que se nos venía encima de no ceder la isla, y si la quería, tanto peor. Pero cuando el señor Isern dice en seguida acerca de los veinte ó veinticinco mil cubanos y aventureros y la adquisición del material flotante, prueba hasta la saciedad que hay que dejarle con sus ideas y sus ilusiones. A un hombre que cree que habiéndose reunido el primero de octubre de 1897 diez y ocho buques de combate en Cádiz serían actualmente españolas Cuba, Puerto Rico y Filipinas, hay que dejarle por orador y por erudito.

Y basta ya de esto, porque aquí nada significamos ni el Sr. Isern ni yo, ni nada significan sus ideas personales ni las mías. Oslebro que sus cinco columnas de discurso patriótico me den ocasión á esbozar cuatro consideraciones respecto al regionalismo, aunque sin el aparato de erudición que el Sr. Isern despliega y hace muy bien en desplegar.

Es tal la confusión que en la agitación anti centralizadora reina, que apenas cabe discernir sus diversas tendencias. Autonomistas, regionalistas, federales, cantonales, los que en Bilbao se llaman *nacionalistas*, *separatistas*, *catalanistas*, *bizkaitarras*, *anexionistas*... todos se agitan y no todos saben bien lo que quieren. Pero todos saben que quieren algo, y en último caso, vale más esta agitación confusa y embrollada como es, que al marasmo de muerte ó las huecas declamaciones de un patriotismo libras-







co y de retóricas. Se ha turbado el equilibrio interior de España, se ha desequilibrado ésta, y si de tal desequilibrio no esperamos remedio, hay que desconfiar de él.

La unidad de España no es, hoy por hoy, mucho más que una unidad de pura agregación, mezquino é inconsistente producto del militarismo jacobino impositivo que aquí ha imperado. A

una unidad externa respondía una profunda anarquía interior; á la menor conmoción algo honda reaparacían el cantonalismo castizo, los particionismos de región, los reyes de taifas. Y era natural, puesto que en vez de aprovecharlos, aceptando la realidad tal cual es, para hacerlos converger á una unidad viva, espontánea, de integración, se puso empeño en ahogarlos.

¡Todos al mismo compás y cantando todos al unísono! La armonía, el concierto de voces diferentes, no nos cabía en la cabeza. El pueblo que ha dado tono á la política española, ha sido siempre un pueblo que junto á grandes é indudables virtudes, ha carecido siempre del sentido de la armonía y del sentido del matiz. En su clima se pasa de crudos fríos á sofocantes calores, de extensas páramos inhabitados á recogidas villas.

En su campo un sol radiante recorta las sombras de los objetos, acusando sus privativos relieves. En sus castizos romances desfilan los sucesos en serie bien delimitados, precisos, sin liga interna, sin tono envolvente, sin nimbo que los aune. Lo mismo es su teatro. De su filosofía no digamos nada, porque en realidad nunca la ha tenido de veras propia. Toda su obsesión ha sido la unidad, la unidad sobre todo, una fe, un



A.5.2/221





pastor, una grey! E incapaz de ver la unidad orgánica y fecunda que surge del concierto, y hasta del conflicto mismo, de las diferencias se propuso la tarea de imponerla desde arriba, dogmáticamente.

Y así es como ha empobrecido espiritual y materialmente á la patria, y así es como hoy, perdidas las colonias y vuelto Sigismundo á su cueva, como decía el malgrado Ganivet (otro desequilibrado para el equilibradísimo Isern, de seguro) vuelve á plantearse el problema donde lo tomaron los Reyes Católicos. De su profundo alcance nos ha distraído nuestra dominación en América y Asia, rémora de la íntima evolución de España. Ni siquiera hemos visto los últimos fondos de nuestras últimas guerras civiles.

Por amor á la unidad, á la unidad viva y fecunda, á la que asciende como frondoso árbol y no á la que cual losa de plomo baja, por amor á la unidad amo al regionalismo. Sólo en la aceptación y comprensión de las mutuas diferencias podemos concertarnos en la vida y no en la muerte. Si yo me empeñase en que el Sr. Isern, ponga por caso, pensara ó sintiera como yo ó él se empeña en que yo como él piense ó sienta, uno de los dos pretende que deje el otro de ser verdadero hombre. No aspiremos á un tipo abstracto, á un hombre genérico, á un ideal lógico; aspire cada cual á ser cada día más sí mismo, á sahonar más y más en sus propias y privativas entrañas, y por debajo de ellas, en nuestro eterno lecho, en lo que podríamos llamar nuestro protoplasma espiritual, nos encontraremos todos. Pa-







ra lo cual el forzoso presupuesto es de-  
sequilibrarse. Estarse echado es la posi-  
ción de equilibrio más estable. Si la pre-  
fiere el Sr. Irujo buen provecho le haga.

Y lo que del individuo digo, ha de de-  
cirse del pueblo, de la región y de la casta.  
Cuanto más se catalanicen los catalanes  
y más se castellanicen los castellanos y  
los vascos nos vasquemos más, más  
será lo que podamos darnos en comuni-  
ción mutua. Y es seguro que así, y sólo  
así, llegaremos á nuestro fondo común,  
única raíz viva de armonía fecunda.

Tengo la convicción de que si se re-  
nunciase á dirigir desde Madrid á los  
catalanes, vascos, gallegos, etc., en lo que  
á su vida privativa respecta, empezarian  
á hacer justicia al noble espíritu de Cas-  
tilla, de Castilla, que como las demás

regiones españolas, sufre los males del  
centralismo, las consecuencias de su es-  
píritu desviado por la historia. No fué  
Alonso Quijano el Bueno quien menos  
sufrió bajo D. Quijote. Si Castilla se bus-  
ca, encontrará su sano fondo, su fondo  
intra histórico, el que en Madrid no  
culmina.

Como el tema es sobrado vasto, y un  
sí es no es abstracto, bien lo comprendo,  
prefiero concretarlo en lo que á la len-  
gua se refiere. No me gusta que los ca-  
talanes escriban en castellano si es que  
en él no piensan, y no me gusta esto  
porque no creo que sean ellos mismos  
los mejores traductores á lengua extraña  
de su propio pensamiento. Tiene ésto  
matices y giros que sólo en la lengua en  
que espontáneamente se produce pueden  
revelarse, y si se empeñan en escribir  
en otra los sacrifican. Mientras que si  
yo para enterarme del pensamiento cata-





## Del regionalismo.



lán, aprendo el idioma en que encarna, haré un esfuerzo por penetrar en esos maticos y de ese esfuerzo puedo traer elementos de enriquecimiento al castellano, idioma al que han enriquecido más que otros aquellos clásicos que se empararon en idiomas extranjeros; ya hebreo como Fr. Luis de León; ya latino, como el P. Granada; ya italiano, como Cervantes.

Sólo comunicando con los que de distinta manera que nosotros piensan, sientan y se expresan, podremos enriquecer nuestro propio espíritu, no ya aportando á éste elementos extraños sino despertando en él, merced al contacto con esos elementos, potencialidades que mantenía adormidas é infecundas.

La invasión de extranjerismo es lo único que puede evocar dormidos tesoros del alma española; sólo abriendo con fuerza los pulmones al libre aire ambiente se vivifican los más remotos glóbulos rojos. Cerrarlos es ir derechos al supremo equilibrio, el de la muerte.

Y ¡que lamento el que la ciencia patria (!!!) viva esclavizada del extranjero el patriótico Isern en un discurso en que cita nada menos que á Buntzchl y Mancini y Hobbes y Mohl y Rombinowitch y Le Grain y Max Nordau! Que le hagan diputado, que le hagan diputado cuanto antes, y halle al fin su equilibrio en los escafios rojos el erudito y elocuente Isern.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SALAL.ES





En eso de la diferencia entre el regionalismo sano y sus «exigencias legítimas», y el otro, el perturbador, el que tira á romper la unidad de la patria, aún no he logrado ver claro, ni han visto más claro que yo los *Internos* todos. No sé donde acaba el que tiende á fortificar más la unidad nacional, haciéndola armónica, y empieza el que la disuelve. Oreo inútil poner barreras al campo y torpe querer formular las leyes de un organismo desde fuera de él. Pero lo que sí veo claro es que hay muchos que se obstinan en no estudiar el movimiento regionalista, otros en echarlo todo á barato atribuyéndolo á cuatro exaltados, ó en tomarlo de pretexto para huera declamaciones patrióticas, ó en aprovecharlo para sus fines de aislar á los pueblos, y que se ha inventado un regionalismo *legítimo*, sano, razonable, ó como si dijéramos equilibrado, que sirva como de caldo de cultivo en contra del otro, como de vacuna de la supuesta viruela. Algo saldrá de todo ello, y de seguro más que de las sesiones todas de todas las Cortes habidas y por haber.

Basta ya, señor director, porque este sería el cuento de nunca acabar, y porque pienso volver con frecuencia á ello.

Rogándole inserte las precedentes líneas queda de usted afmo. S. S.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 18 Agosto 1899.

